Centroamérica y los vientos que soplan



Sergio Ramírez
Escritor
30 de marzo 2026

¿Qué es Centroamérica en el siglo veintiuno? ¿Qué pasa con esta región de medio millón de kilómetros cuadrados y 50 millones de habitantes, volcánica en su geografía y volcánica en su historia política? Poco ha cambiado desde el siglo pasado, cuando la búsqueda de la modernidad democrática se vio frustrada por dictaduras militares, golpes de Estado, intervenciones extranjeras y revoluciones fallidas.

El sistema económico sigue siendo injusto, la distribución de la riqueza no tiene equidad, la pobreza continúa siendo endémica, la clase media se ha empobrecido, el sistema educativo es deficiente, las poblaciones indígenas siguen marginadas, los recursos naturales y el medio ambiente están depredados.

Y los sistemas democráticos, precariamente construidos, ceden frente al impulso renovado del caudillismo autoritario que se presenta bajo vestiduras de izquierda, como en Nicaragua, o de derecha, como en El Salvador. Las migraciones masivas, el crimen organizado, el narcotráfico, la corrupción y la violencia son ahora actores permanentes del drama. Y la pandemia no es consuelo.

Desde la Independencia, el caudillismo ha sido un animal mal que esconde a veces el hocico para volverlo a sacar y devorar las instituciones. Por eso perdimos el siglo veinte en términos de institucionalidad y asentamiento de un verdadero Estado de derecho, y hemos entrado en este siglo veintiuno con muchas asignaturas aún por aprender, incógnitas que despejar.

Las cuentas pendientes en Centroamérica están a la vista en números rojos: seguridad ciudadana, libre expresión del pensamiento, inclusión social, justicia económica, igualdad de género. Fortalecer las instituciones, la transparencia en la gestión pública, sistemas de salud universales, educación de calidad como palanca imprescindible de desarrollo.

Los gobiernos autoritarios, sean duros o moderados, de izquierda o derecha, no pueden asegurar la convergencia de fortalezas para dar vida a un sistema democrático que genere bienestar. Al contrario, ven la democracia participativa y el pluralismo como un obstáculo a su continuidad en el poder. Y mientras en uno solo de nuestros países la democracia sufra falsificaciones, los demás se verán necesariamente afectados en "órgano": no podemos ser islas.

Las ideas de integración económica y política, una y otra vez derrotadas desde la época de la desaparecida República Federal.

Los regímenes autoritarios se alimentan por homogenizar el discurso demagógico de que las instituciones democráticas son el obstáculo para asegurar el orden y la seguridad, la lucha contra el crimen organizado, desafíos que solo podrían ser enfrentados por hombres fuertes que concentran todo el mando.

Las contradicciones políticas centroamericanas han planteado siempre el ideal de sociedad republicana en términos de retórica altisonante que nunca se han correspondido con la realidad. Hoy, en Nicaragua, la nueva Constitución cierra esa distancia e impone en sus artículos una dictadura matrimonial bicefálica, sin poderes, disimulados, una opresión férrea, un control total que lo encabeza "la presidencia", el cual depende en gran medida del órgano judicial, el legislativo, el electoral, la policía y el ejército. Un Montesquieu encerrado en una jaula.

O la dictadura cifrada en bitcoins de Bukele en El Salvador, que ofrece la panacea de la seguridad ciudadana a cambio de la impunidad ante el crimen, con el debilitamiento de las instituciones. Ya un cuarto año de estado de excepción en que se restringen las garantías constitucionales, que se decretan de manera permanente, sin control alguno. El 35% de los miles de prisioneros encerrados en la megacárcel del Cecot en Tecoluca, condenados mediante métodos de juicio, no tienen antecedentes penales.

Es el modelo penitenciario que quiere aplicar en Costa Rica, y que goza de tanto prestigio que el presidente Rodrigo Chaves, así como el presidente de Chile, han hecho peregrinajes a la distópica megacárcel.

O la lucha de un gobierno legítimamente electo, el que preside Bernardo Arévalo en Guatemala, sometido al acoso de una élite corrupta que domina el Poder Judicial, desde el que se atrinchera para conspirar contra la democracia. Más de 50 fiscales y jueces permanecen en el exilio, amenazados por procesos penales orquestados por esa autoridad judicial, que sigue presa del pasado y que el gobierno respeta en nombre de la independencia de poderes.

La vigilancia de las calidades democráticas de los gobiernos centroamericanos y el respeto de los derechos humanos debería ser de interés sustancial para los países europeos, porque las señales de tendencias autoritarias, que colocan a quienes ostentan el poder por encima de las instituciones, se hacen cada vez más evidentes.

Aun en medio de las tensiones y conflictos que ocupan la atención política de Europa –la invasión rusa a Ucrania, el conflicto en Medio Oriente– Centroamérica no debería ser postergada o ignorada, como no lo hacen ni Rusia ni China.

No hay que olvidar que, frente al deterioro democrático que sufre Estados Unidos y el surgimiento de polos de poder autoritarios en el mundo, Europa, como entidad democrática, se convierte en una referencia crucial, y debería apostar por un modelo de pluralidad democrática y convivencia.

SERGIO RAMÍREZ es novelista, ensayista, periodista, político y académico. Recibió el Premio Cervantes en 2017. Es fundador del encuentro literario Centroamérica Cuenta.